

EUROPA, COMO IDEA E IMPULSO

— *Por Hendrik Brugmans* —

Fue Presidente del Instituto de Educación Obrera y miembro socialdemócrata de la Segunda Cámara de los Países Bajos. Cofundador y Primer Presidente de la Unión Europea de Federalistas (1946-1949), Rector del Colegio de Europa, en Brujas (1950-1972) y Profesor de Historia de las Civilizaciones en la Universidad Católica de Lovaina.



Resulta difícil que el lector quede impresionado cuando la prensa aborda los llamados «asuntos europeos»: conflictos institucionales, rechazo de la democracia continental por los gobiernos nacionales, o, acaso, problemas puramente materiales en el aspecto técnico.

Naturalmente, ningún hombre con sentido común puede ignorar la realidad y, ni siquiera, la legitimidad de los intereses parciales; no desconocemos que toda política contemporánea tiene, a cualquier nivel, aspectos que el no especialista difícilmente comprende. Ello no impide encontrarnos hoy ante una degeneración del movimiento de unidad europea; los «padres fundadores» de la Comunidad no se sentirían identificados con la práctica actual.

Y es, precisamente, en esta época de declive cuando España se une a la C.E.E.; resulta, pues, esencial, tanto para ella como para nosotros, que conozca el alcance de su compromiso y lo que puede esperar de su elección; sobre todo, si su candidatura va íntimamente ligada a una opción política fundamental: la de la demo-

* BAJO la rúbrica de «Ensayo» el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes la colaboración de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a la Ciencia, el Lenguaje, el Arte, la Historia, la Prensa, la Biología, la Psicología y la Energía. El tema desarrollado actualmente es el de Europa. ▶

cracia pluralista. Es obvio que también ella tiene legítimos intereses que defender: un mercado para sus productos industriales y agrícolas. Pero, además, el fracaso del golpe militar y la salvaguarda «in extremis» del nuevo régimen son dos hechos que han acentuado el sentido ideológico del acercamiento a la Europa comunitaria.

Por otra parte, España, como todos los demás países miembros, debe plantearse cuál puede y debe ser su posición en el conjunto europeo. Porque, si es cierto que la integración representa un interés común a todos sin diferencias, también es verdad que cada uno de nosotros entra en este «concierto» (como antes se llamaba) con sus propios instrumentos. Todos aportamos nuestras cualidades nacionales y nuestros problemas específicos, nuestras aspiraciones tradicionales; en una palabra, nuestra identidad nacional insustituible.

Cuando se trata de cifras de negocios, de niveles de importación y exportación, resulta imposible reconocer nuestros caracteres nacionales respectivos. En cambio, en los debates del Parlamento Europeo electo, éstos aparecen con positiva evidencia.

¿Por qué positiva? Porque es en la naturaleza plurinacional y plurilingüística del hecho donde radica la originalidad de nuestra empresa. Y es sobre todo por este motivo, digna de despertar el interés de otros continentes, de otras civilizaciones; porque una mera concentración comercial no interesaría, fuera de Europa, a na-

En números anteriores se han publicado *Génesis histórica del europeoismo*, por António Truyol Serra, Catedrático de Derecho y Relaciones Internacionales de la Universidad Complutense; *Balance y perspectivas del Mercado Común*, por Matías Rodríguez Inciarte, Técnico Comercial del Estado; *Portugal y la Comunidad Económica Europea*, por José da Silva Lopes, ex-ministro de Finanzas de Portugal; *Reflexiones sobre política europea*, por Thierry de Montbrial, Director del Instituto Francés de Relaciones Exteriores; *Reflexiones políticas sobre defensa y seguridad de Europa*, por Javier Rupérez, Embajador jefe de la Delegación Española en la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa; *La defensa y la seguridad europeas*, por Fernando Morán, Diplomático y escritor; *El triángulo euroatlántico*, por James O. Goldsborough, miembro del Consejo para las Relaciones Exteriores de Nueva York; *Los grupos políticos en el Parlamento Europeo*, por Jacques Georgel, Profesor de la Facultad de Ciencias Jurídicas de Rennes; *Europa y el sistema internacional*, por Ian Smart, ex-director adjunto del Instituto Internacional para Estudios Estratégicos; *América Latina, Europa y el Nuevo Orden Económico Internacional*, por Felipe Herrera, Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo; *Europa: una economía en la encrucijada*, por José Luis Sampedro, Catedrático de Estructura Económica; y *Europa y el desafío ecologista*, por Konrad von Moltke, Director del Instituto de Política Europea del Medio Ambiente.

die, excepto a comerciantes y exportadores. En cambio, si llegamos a demostrar que el concepto de unidad no excluye el de diversidad, Europa habrá dado al mundo una lección única. Habría, entonces, esperanza.

Todos nuestros problemas importantes son ya transnacionales, y nuestros responsables políticos se equivocan al no darles soluciones de idéntica índole. ¿Temen acaso por su identidad nacional? ¿Sus raíces son suficientemente profundas como para ser amenazadas por una moneda comunitaria! El milagro liberador consistirá, por el contrario, en demostrar que los europeos, que tanto lucharon y que inventaron la idea nacional, con su degeneración nacionalista pueden realizar su unión federal. Otros continentes encontrarán en ello no un modelo que copiar, sino un estímulo inspirador.

Desde esta perspectiva, nos haremos tres planteamientos. El primero se relacionará con los motivos, métodos y obstáculos que surgieron en el camino hacia la unidad europea. El segundo es el carácter de nuestra civilización, ya que es allí donde residen las razones últimas del federalismo, más que en las ventajas inmediatas.

Finalmente, procuraremos exponer nuestra visión de la situación de España dentro de la futura Federación europea: lo que podemos esperar de ella, el alcance de sus aportaciones. Esta última parte será, bajo todos los puntos de vista, la más modesta; pero nos alegraría mucho que nuestras observaciones pudieran suscitar un debate entre españoles y europeos. Y a este respecto, no podemos dejar de tener presente la figura del ya fallecido Salvador de Madariaga, que además de un maestro fue un amigo personal.

I

La idea de una Europa federal es, por naturaleza, revolucionaria. No porque lance a las masas a las barricadas, o porque aspire a hacerlo en el futuro, sino porque concreta una evolución, necesaria y fundamental, una transformación a la vez de las estructuras y de las mentalidades, una aventura y una sólida esperanza.

Es, además, otra cosa; una posibilidad tangible. Una «utopía», en cierto sentido, pero una utopía que no tiene nada de irrealizable. Un imperativo histórico, una

«contestación al desafío», como diría Arnold Toynbee. Una tarea que cumplir, dejando todo lo demás.

Tarea fundamentalmente de continuidad, cuya realización y probabilidad de éxito han cambiado desde los orígenes, ya que los contextos están sometidos a permanentes cambios. Recordemos lo que decía Charles Péguy: las ideas más fecundas no son las que nunca nos hacen dudar, sino aquellas a las que damos vueltas una y otra vez. Según las fases históricas, la idea federal ha adoptado nuevas y múltiples formas adaptándose al nuevo medio histórico. La línea directriz de las aspiraciones federales siempre fue la misma; pero, desde 1945, los planteamientos se han modificado mucho.

En aquel famoso Manifiesto de Ventotene, en el que un grupo de antifascistas italianos exiliados en las islas definieron un programa europeo para la posguerra, prevalecía una preocupación: la de la paz. Ya en dos ocasiones, y sólo en el transcurso de algunos decenios, Europa había sido el epicentro de una conflagración bélica, implicando a otros continentes en la catástrofe. ¿No sería, pues, oportuno establecer entre nosotros un régimen político que eliminara definitivamente todos los peligros de conflicto sangriento? «La Federación es la Paz».

Aunque el argumento sigue siendo válido, su contenido ya no es el mismo. Sin duda alguna, sólo una Federación establecida sobre las bases de una solidaridad duradera puede asegurar la conciliación definitiva entre nuestros pueblos. Pero, después de algunos años, se puso de manifiesto que las divisiones europeas no eran ya una amenaza para la paz mundial. Esta amenaza surgiría más bien de los contrastes entre las que llamamos «super-potencias» (expresión que nos permite considerar todavía «grandes» a las principales potencias europeas). El hacha de guerra entre franceses y alemanes está definitivamente enterrada, y eso sin unión federal. Este ha sido el mérito de hombres como Adenauer y, sobre todo, de Robert Schuman; y nos alegramos de que el General De Gaulle consolidara su obra. Pero aquella misa conjunta franco-germánica en la catedral de Reims, pese a su carácter espectacular y benéfico, era incapaz de preservarnos de un conflicto Este-Oeste, que acabaría, sin lugar a dudas, por tener una dimensión nuclear.

¿Significaría esto que el Federalismo europeo ya no tendría ningún alcance a nivel mundial? De ninguna manera, porque una unión continental constituiría para nosotros la primera piedra indispensable para la construcción de un mundo pacificado para siempre.

Insistimos en que se trata de «una primera piedra», y no de una «mera etapa», ya que una Europa unida no sobraría en absoluto el día en que se constituya lo que llamamos un «gobierno mundial». Efectivamente, nuestra unidad continental siempre conservará sus atribuciones propias y seguirá encarnando una civilización particular que no corre el riesgo de perderse en un cosmopolitismo sin carácter. Pero es lícito ver en una Europa integrada en su diversidad, el microcosmos de un universo, donde una decena de continentes organizados o de civilizaciones coherentes, formaría conjuntamente la confederación mundial que el mundo necesita.

Ya se trate de la contaminación oceánica o, sobre todo, de establecer la paz a la sombra del átomo, ni siquiera gobiernos continentales bastarán para tal tarea. Necesitaremos organismos «ad hoc», comparables a lo que fue la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, «con funciones limitadas, pero con poderes reales».

En realidad, la pacificación del mundo no se realizará en un marco internacional de tipo clásico, por medio de una asamblea caótica, en la que los grandes se sientan al lado de los más pequeños. El número de miembros de una organización universal debe limitarse de manera drástica y reducirse a algunas comunidades plurinacionales de dimensión más o menos comparable. Europa debe ser la primera en dar el ejemplo, pero pensamos también en América latina, en Africa negra, en la comunidad árabe y en el Suroeste asiático, al lado de federaciones ya existentes, como los Estados Unidos de América, la U.R.S.S. y la India.

De esta manera, la fórmula «unir a Europa para servir a la paz» ha cambiado de contenido desde los años cuarenta, pero no ha dejado de ser válida. No obstante, no tiene ya el efecto psicológico que tenía antes. La reconciliación de Francia y Alemania después de tantas matanzas es un hecho más sugerente que la utopía, realista aunque lejana, de una confederación que abarcaría la totalidad del globo.

Pero volvamos atrás: cuando las armas se callaron en 1945 pudimos llegar a creer que las naciones victoriosas permanecerían «unidas» por largo tiempo. La ilusión duró poco; estalló la «guerra fría», al menos tras el golpe de estado de Praga, en febrero de 1948, y después de que el bloqueo de Berlín hiciera estragos durante muchos meses. La O.T.A.N. fue la respuesta a los acontecimientos checos, y un nuevo problema se planteó para los europeos: ¿cuál iba a ser su comportamiento dentro de esta alianza, fundada, al menos, en el principio de la seguridad colectiva?

En este aspecto, el problema parecía, en principio, fácil de resolver, ya que los americanos, atraídos por los proyectos federalistas europeos, concebían una estructura dualista, en la cual los Estados Unidos de América y los Estados Unidos de Europa ocuparían lugares «equivalentes». Kennedy fue quien formuló esta perspectiva de la manera más expresiva, al hablar de las dos bolas simétricas de la halterofilia.

Por desgracia, la actitud de los norteamericanos cambió cuando se comprobó, por una parte, que la integración de nuestros países podía constituir un serio obstáculo a las exportaciones americanas; y, por otra, que los europeos sólo hacían progresos irrisorios en el aspecto federal («They don't deliver the goods...»).

De la misma manera, por parte de los europeos se produjo un enfriamiento paralelo. La interminable guerra del Vietnam, seguida de un desastre militar y del abandono, hizo que menguara una confianza que en otros tiempos no conoció casi límites. Luego surgió el escándalo del Watergate y la retirada espectacular del hombre con más poder en el mundo. A todas luces, aquel fracaso de Nixon era la prueba de que los Estados Unidos seguían siendo una verdadera democracia; no obstante, el prestigio general de la gran Aliada había sufrido un duro golpe. Finalmente, la llegada al poder del Presidente Reagan infundió una nueva confianza a los sectores conservadores de opinión en Europa, pero a la vez acrecentó una voluntad difusa de independencia en los ambientes de izquierda. Queda por comprobar si este deseo de autonomía europea se concretará, o si no es más que una simple veleidad, expresándose ocasionalmente por ramalazos malhumorados.

En todo caso, el señor Reagan no ha tardado en exponer el problema de su gestión a los dirigentes de la Comunidad, ya que ha cuestionado la ayuda humanitaria concedida a El Salvador y la co-financiación de un aeropuerto, prevista dentro de los acuerdos de Lomé, en la isla de Granada. El presidente americano ha manifestado, pues, una clara oposición a la política europea en su sentido más estricto. M. Claude Cheysson, miembro de la Comisión Europea, encargado de las relaciones con Ultramar, no tardó en reaccionar, y lo hizo con cierta vivacidad: las cuestiones europeas son asunto que concierne únicamente a los europeos, y es el Parlamento Europeo electo quien tiene la misión de controlar y orientar las decisiones comunitarias.

Sin embargo, en el mismo momento la seguridad europea y, por tanto, la cooperación atlántica en materia de defensa militar eran objeto de un nuevo tipo de debate. Eso fue lo que ocurrió, especialmente después de la invasión de Afganistán y del fracaso de la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa (Helsinki-Belgrado-Madrid). El concepto de distensión quedó desbaratado por estos acontecimientos, al igual que se desvanecieron las esperanzas de un «entendimiento», formuladas por el General De Gaulle.

Como conclusión, al mismo tiempo que la amistad euro-americana sufre eclipses sensibles, una defensa occidental se hace cada día más indispensable. ¿Un problema sin solución? La respuesta debe de ser afirmativa, a menos que los europeos consientan en aplicar el principio de integración a su política de defensa. El precio que se habrá de pagar para una mayor independencia es el de un esfuerzo militar más acentuado en Europa. Pero este esfuerzo parece política y psicológicamente irrealizable sin esta integración, la cual fue ya prevista en otros tiempos en la Comunidad Europea de Defensa (1950-1954). De hecho, semejante integración aumentaría al mismo tiempo la eficacia y los posibles ahorros consiguientes a la producción en serie de equipos y armamentos. Por otra parte, parece imposible imaginar una defensa adecuada sin tener en cuenta la existencia de dos armas nucleares en Europa: la de Gran Bretaña —vinculada en realidad a América—, y la de Francia, cuyo costo se hace cada vez más intolerable.

La conclusión en este punto es que después de la fugaz ilusión pacifista, los problemas militares han pasado por fases de mayor o menor intensidad. Pero van adquiriendo, cada vez más, una dimensión europea. El peligro, si no de una invasión soviética, sí por lo menos de una «neutralización» efectiva, con una influencia rusa más y más evidente, hace imprescindible el replanteamiento de los problemas de nuestra seguridad que fueron congelados después del 30 de agosto de 1954, fecha en la que la Asamblea Nacional francesa decidió dejar «sine die» el problema (y su solución europea).

Conjuntamente con la defensa, el problema de una integración política no podía dejar de plantearse. En el Tratado de la C.E.D. estaba especialmente mencionada en el artículo 38. En aquella época un comité «ad hoc», elegido entre los miembros de la C.E.C.A., elaboró incluso un proyecto de Tratado anexo en este sentido, pero éste desapareció en los archivos, junto con el mismo Tratado.

Pero, no por descartar la solución desaparece el problema. En efecto, mucho más tarde, y precisamente cuando se trataba de preparar la conferencia de Helsinki, la necesidad de una cooperación estrecha entre nuestras diplomacias se hizo evidente. De hecho, De Gaulle ya quiso proceder a un examen del problema, pero por razones diversas el «plan Fouchet» (que lleva su marca) sólo consiguió irritar a los demás países.

Esto ocurría al principio de los años sesenta. Quince años más tarde, los gobiernos vuelven al ataque y establecen un marco especialmente flexible de Cooperación Política Europea. Este funcionó de maravilla, en contra de las tesis soviéticas: los europeos no consintieron en separarse unos de otros, y presentaron un frente unido.

En cambio, de cara al Oriente Medio las actitudes de los diferentes estados manifestaron una mayor divergencia; y por otra parte, ¿cómo proponer soluciones aceptables ante unas controversias tan cargadas de pasión? En todo caso, si las cuestiones militares tenían que salir a la superficie por las razones que acabamos de esbozar, es probable que una estructura política tan débil como la actual resultara insuficiente a la larga.

Pero hoy en día es impensable hablar de integración sin mencionar siquiera el aspecto económico, que llama

la atención del público más que ningún otro. De hecho, la Comunidad Económica, como su mismo nombre indica, se centra en los aspectos comerciales, industriales, agrícolas y sociales del movimiento.

¿Sería, pues, el impulso político la pieza ausente? De ninguna manera, porque no se trata de una dedicación exclusiva a las actividades económicas propiamente dichas, sino de armonizar, incluso integrar, políticas en todos estos campos. Cuando los dirigentes de la C.E.E. negocian con Japón los asuntos arancelarios, o cuando orientan la cooperación con los estados africanos, del Caribe o del océano Pacífico, o bien (tercer ejemplo) cuando deciden los precios para la próxima campaña azucarera, están haciendo política, aunque la política partidista participe escasa e indirectamente en ello.

Hemos escogido deliberadamente estos tres ejemplos, porque fue precisamente en estos campos donde la Comisión Europea pudo desarrollar una gestión más personal. Una vez eliminadas las barreras aduaneras dentro de la misma comunidad, y, por tanto, establecida una tarifa exterior, resultó inevitable que fuera Bruselas la encargada de hablar a terceros en nombre de los países miembros. De la misma manera, los acuerdos de Yaounde y después (cuando Gran Bretaña se adhirió y cuando el destino de sus antiguas colonias fue cuestionado, como ocurrió anteriormente con las «ex-posesiones» francesas, belgas y neerlandesas) los acuerdos de Lomé confían a la Comisión una labor de cooperación cotidiana. Esta no elimina, por supuesto, el papel de los estados nacionales, sino que se añade a ellos: la presencia de Europa es manifiesta en los países de ultramar. En fin, la política agrícola se concibió con un carácter comunitario en un capítulo especial del Tratado. Desgraciadamente esta política, lejos de orientar la agricultura, la ganadería y la explotación de la pesca hacia el porvenir, siguiendo un plan elaborado con lógica y de acuerdo con todos los países implicados, degeneró en una mera gestión de precios, marchando consumidores y campesinos cada cual por su lado, mientras se vaciaban los campos.

Si consideramos el conjunto de las tentativas logradas, de las realizaciones con éxito y de los métodos aplicados, y si los comparamos con las aspiraciones y las esperanzas de la posguerra inmediata, nos es obligado

constatar que la distancia entre éstos y aquéllos es larga. Cuando analizamos los motivos de estos medio-fracasos, y nos preguntamos el porqué de las obstrucciones constatables, encontramos la respuesta inmediatamente. Esta es clara: los países miembros se empeñaron en no ceder un ápice de sus prerrogativas administrativas y políticas. La «soberanía» nacional se confundió a menudo con la libertad y la independencia y acabó por prevalecer sobre los imperativos comunitarios. Los resultados saltan a la vista: el dogma de la unanimidad, es decir, del veto, paralizó continuamente las decisiones, hasta tal punto que los archivos de la Comunidad están repletos de proyectos que no se aceptaron y que a menudo ni siquiera se discutieron seriamente. El Comité de los Representantes (órgano que no había sido previsto en el Tratado) funciona ya como un obstáculo casi insalvable.

II

Analizar las principales características de la civilización europea puede parecer alejarse del tema. Pero esta apariencia es engañosa. Efectivamente, ¿por qué tantos hombres de pensamiento y de acción procuraron establecer una Europa más unida, si no es por razones de cultura?

¿Por qué unificar Europa? ¿Por razones económicas? Pero la economía no hace la unidad de Europa. Económicamente Europa se inserta en un marco más amplio: el del mundo industrializado que refleja la Organización Económica de Cooperación y de Desarrollo, en la que también entran los Estados Unidos, Canadá y Japón. El ex-comisario y ministro Deniau ya subrayó en su libro *La Europa prohibida* que no habrá jamás una economía europea propiamente dicha, ya que nuestra moneda común debería perder inmediatamente su «soberanía» para contar también con el dólar y el yen.

Europa jamás fue una entidad política; la expresión «concierto europeo» se quedó en un concepto de gran vaguedad, sin llegar a mayor precisión que la de «equilibrio europeo» ¿Cuál sería, pues, la base de la integración?: la cultura, es decir, un comportamiento común, una actitud similar ante la vida, ideales nacidos entre nosotros, experiencias históricas vividas conjuntamente,

si bien a menudo de forma separada, por naciones rivales o enemigas.

Esta comunidad de cultura constituye la única justificación verdadera del federalismo europeo y la única probabilidad de ver nacer algún día la conciencia patriótica europea. Este es el meollo de la cuestión: hablemos, pues, de cultura.

Son los rasgos geográficos los que determinan, en primer lugar, una civilización. El antiguo Egipto no fue un don del Nilo, sino el resultado de una victoria sobre el río más o menos «canalizado». En cuanto a Europa, tres elementos la caracterizan: la ausencia de fenómenos geográficos extremos; las variedades de climas, de paisajes y de idiomas; y la proximidad marítima.

Pero las civilizaciones son, sobre todo, el resultado de corrientes espirituales, generalmente religiosas. La civilización árabe no se puede concebir sin el Corán, ni la India sin el hinduismo (éste dio su nombre a aquélla, a menos que sea a la inversa). Japón encuentra en el sintoísmo sus fuentes morales, mientras China fue portadora de una filosofía que le era propia: el confucianismo y el mensaje de Lao-Tse. No nace una cultura sin una base ética, y la ética, a su vez, se alimenta de una creencia religiosa (que puede ser también atea).

Europa es un caso excepcional, casi único, porque no se inspira en una sola fuente, sino en varias. Por una parte nunca pudo ni quiso olvidar su patrimonio «bárbaro». Las tribus germánicas y la comunidad celta dejaron su marca, como lo atestigua el gallo de las veletas (gallo: gallus, galo, país de Gales, Cornualles, la Galicia española y de Polonia, los gálatas). De la misma manera los tesoros de nuestros cuentos de hadas tienen su origen en relatos más o menos moralizadores que nos llevan a tiempos muy remotos. Pero no olvidemos la herencia de Roma, de Atenas y de Jerusalén, herencias que nos transmitieron los artistas, los literatos y los apóstoles.

Muchas veces convergen estas fuentes espirituales. Pero al mismo tiempo, toda nuestra historia ha sido testigo de conflictos, a veces sangrientos, entre las tradiciones que acabamos de citar. ¿Quién hizo Francia? ¿Julio César, que le dio el concepto de la ley escrita y una lengua románica, o Vercingetorix, que combatió el imperialismo romano? Y, ¿cómo juzgar a los cris-

tianos que consideraban la antigüedad como pagana más que como fuente de belleza y sabiduría? El virus antisemita, que nos depara la historia de Europa, es tan incontestable como la inspiración bíblica en el mundo calvinista y la conciencia religiosa que llevó a Rembrandt a instalarse en el barrio judío de Amsterdam. En una palabra, esta pluralidad de fuentes tradicionales de nuestra civilización no se resume de manera alguna en una convivencia pacífica y fecunda: con frecuencia fue tormentosa y hasta belicosa.

Y es que una cultura va formándose y desarrollándose a través de experiencias históricas. Son éstas, precisamente, las que señalan las diferencias entre Europa y América. Por ello, cuando el Presidente Kennedy quiso movilizar las energías de su pueblo habló de la «nueva frontera» que abriría perspectivas desconocidas. Pero, ¿a qué frontera se refería? Para el americano, incluso de conocimientos históricos modestos, la palabra fue de fácil comprensión, mientras que el europeo hubiera precisado, para entenderla, de unas clases de historia americana. En otras palabras, la «frontera» evocaba una epopeya que era totalmente ajena a la emotividad de los europeos.

¿Significa esto que la civilización común que constituye la base de nuestros comportamientos en Europa sea homogénea? En absoluto. Por ejemplo, los países que durante siglos sufrieron la dominación y la ocupación turca, vivieron juntos una experiencia dolorosa que les alejaba radicalmente del rey de Francia, quien «colaboró» con el sultán para reducir la potencia austríaca. De la misma manera, la Europa mediterránea se diferencia considerablemente de la que se agrupa alrededor del Mar del Norte o del Báltico. La Europa alpina es diferente de la de los polders holandeses, y los países que constituyen Escandinavia tienen en común características que no comparten con la península ibérica. En resumidas cuentas, bajo todos los puntos de vista —estructuras geográficas, inspiraciones religiosas, experiencias históricas—, las naciones y las regiones europeas pueden evocar un conjunto de fenómenos reales a la hora de afirmar su originalidad, sus diferencias con el vecino. Eso no impide que todas estas variedades se inserten en un contexto cultural, cuyos componentes esenciales permanecen idénticos. Un noruego luterano, que cruzara el

Mediterráneo desde Puerto Saïd hasta Nápoles, no podrá dejar de sentir que ya ha «vuelto a casa», pese a todo, aunque ignore el idioma, aunque el catolicismo siga siéndole ajeno y la vida en la «plaza» le recuerde poco sus ventanas de doble cristal. Pese a las muchas diferencias, percibe que ha pasado del mundo árabe al mundo europeo. Pero también es cierto que el europeo que no sale de su casa tiende más a ver la diferencia entre los árboles que la identidad del bosque en su conjunto. Por consiguiente, el «militante europeo» que menosprecia o infravalora lo que llama despreocupadamente «los aspectos culturales» de Europa o los considera menores, se aparta de las que pueden ser las fuentes más ricas de su inspiración. Sus esfuerzos para lograr una integración más radical tendrán poco alcance si no aspiran más que a una mejora del nivel de vida, o a un incremento de nuestra seguridad militar. El objetivo es mucho más ambicioso y más real: se trata de dar un nuevo impulso a una civilización en declive, a un estilo de vida minado por las incertidumbres del mañana, a un régimen democrático moralmente superior a todas las dictaduras y que ocupa un lugar minoritario en nuestro mundo contemporáneo.

En realidad, la democracia representativa nació dentro de los marcos nacionales del siglo pasado. Es preciso advertir que comparte el destino de éstos en el curso de una fase histórica en que la fuerza y el poder de expansión pertenecen a los continentes organizados.

El pluralismo político y cultural ya no es tan evidente, ni mucho menos. Le atacan por todas partes, le atacan del exterior e incluso le atacan las dudas de los que viven aún bajo tal régimen. Una de las razones de esta crisis, que puede llegar a ser mortal, se halla en la ineficacia manifiesta de nuestros estados europeos, incapaces de enfrentarse a los problemas del siglo. Mientras la democracia no se sitúe en el nivel en que se toman las grandes decisiones —es decir, en un nivel continental— no dejará de aparecer como inoperante, y ésta es la señal de su muerte.

La justificación profunda y verdadera de la idea europea radica en esta meta: preservar y rejuvenecer un modo de existencia humana que en términos políticos designamos como «democracia», pero que encarna también una cierta visión de la persona humana, de su destino, de su vocación.

Que esta visión sea de origen cristiano, no se puede negar, y el hecho de subrayarlo no significa una posición personal. ¿Habría que inducir de esto que las federaciones pretenden establecer una restauración del «Occidente cristiano», o imponer una supuesta teocracia imaginaria? Sería absurdo e injurioso pensarlo. Pero ello no impide pensar que una unión europea sin alma y sin impulso espiritual no sería más que un esqueleto sin vida y, por lo tanto, sin porvenir.

El verdadero problema de Europa es de índole cultural; lo importante no es «preservar» valores, sino más bien darles una nueva vida, devolviéndoles su vigor, a fin de alcanzar un diálogo mundial entre los continentes y las civilizaciones.

III

Nos queda por esbozar la aportación específica de España a la idea europea y a la construcción de una comunidad más eficaz y más democrática. Porque si la integración ha de ser provechosa para todos, hay que tener en cuenta que cada país entra en ella con sus aspiraciones, sus cualidades y también sus defectos. De hecho, ¿cómo podría considerarse la Comunidad como una identidad puramente económica, cuando comprobamos que la adhesión de Grecia, España y Portugal sólo se pudo debatir en el momento en que hubieron sustituido la dictadura por su sistema actual? ¿Era, pues, imposible llegar a unos acuerdos comerciales con países no democráticos? ¡Naturalmente que sí! Pero entre una cooperación comercial, aunque sólida y durable, por una parte, y la adhesión a la Comunidad por otra, existe una diferencia no cuantitativa sino cualitativa. En otros términos, la C.E.E. no es «neutra»: se apoya en opciones fundamentales.

Después de hacer esta constatación, esbozemos algunas líneas para el futuro.

Primero, España es una tierra parcialmente mediterránea. ¿Qué significa esto? Para responder a esta pregunta ¿bastaría con decir que es un país productor de géneros agrícolas subtropicales, que deberá enfrentarse con la competencia de los países vecinos, y que éstos se sentirán comercialmente amenazados por ella? Si sólo

fuera eso, el problema sería fácil de resolver; frente a problemas puramente materiales, siempre tenemos el recurso de una fórmula de compromiso. Pero otros factores intervienen en las controversias, demasiado conocidas, sobre la exportación de vinos o de aceitunas.

Es preciso reconocer que, alrededor de un mar que costea tres continentes, nos encontramos con unas tradiciones de pensamiento y de acción que no son necesariamente las mejores cuando se enfocan bajo el ángulo de las autonomías y de la gestión democrática. Todos los pueblos de esta región, aquejados por el «complejo romano», tuvieron siempre grandes dificultades para comprender el sentido profundo de las libertades territoriales y funcionales. Cada persona puede considerarse muy libre, pero el centralismo gubernamental proviene de la idea (a nuestro parecer desastrosa y liberticida) de que el poder sería indivisible por principio. El miedo al caos y al separatismo entorpece, muchas veces, las iniciativas de la base, puesto que la «capital» ya no las controlaría. La cohesión nacional parece siempre amenazada, hasta el punto de que los responsables centrales conciben su tarea como una vigilancia continua y una áspera lucha contra las autonomías, consideradas como tentativas y tentaciones de dispersión, al menos potenciales. De hecho, no es una casualidad que las naciones nórdicas siempre estuvieran mejor armadas que las del sur contra los absolutismos antiguos y modernos.

Sin embargo, la evolución contemporánea de España proporciona esperanzas reales a los demócratas federalistas. Es cierto que las experiencias del País Vasco parecen menos prometedoras que las de Cataluña; en realidad, el mininacionalismo no es mejor que los nacionalismos seculares. Pero, más allá de las viejas frustraciones seculares, una nueva estructura empieza a dibujarse en la península ibérica: la de una «unión en la diversidad», que podrá llegar a ser un modelo para algunos de los países miembros, cuya centralización empieza a agrietarse.

¿Constituiría esto una infidelidad a las mejores tradiciones españolas? Sin lugar a dudas, el absolutismo de El Escorial no fue nunca favorable a la diversidad interna. Nosotros los neerlandeses lo sabemos bien. Pero aquel régimen no abarca toda la historia de España, y hasta le podemos culpar de una decadencia demasiado larga...

La época en que se hablaba de las Españas no es de las menos fecundas, incluso podemos afirmar que el personalismo individual y colectivo forma parte de la herencia histórica española. Como dijo el sabio hispanista alemán Karl Vossler en su libro *España y Europa*: «Además hay que tomar en consideración y reconocer que el español tiende a interpretar el concepto 'unidad', no matemática sino católicamente; es decir, no como uniformidad sino como totalidad, no exclusiva sino comprensivamente. Así lo era antes y así lo es hoy».

Es evidente que todas las autonomías, incluso las más necesarias, pueden siempre degenerar en separatismos destructores, en tanto que las más legítimas aspiraciones a la libertad busquen su afirmación con actos de violencia que, por su naturaleza, son siempre liberticidas. Por otra parte, las centralizaciones necesarias, expresión de la solidaridad colectiva, tendieron siempre a apropiarse de derechos excesivos, suprimiendo responsabilidades locales. Es difícil hallar el equilibrio, porque el hombre suele dejarse seducir por los extremismos, que parecen más «consecuentes», más «lógicos». Sin embargo, la democracia federal lo es más todavía. Pertenece a nuestra civilización europea, de la misma manera que los derechos del hombre.

Tanto bajo la monarquía absoluta como bajo la dictadura moderna, prevaleció la desviación centralizadora; era de suponer, pues, que las fuerzas centrifugas volverían a tomar una orientación unilateral. Pero, ¿resultaría ilusorio esperar el triunfo definitivo del sentido común, superando los odios recíprocos que originan a su vez otros odios?

El regionalismo desprovisto de la conciencia nacional llevaría a una fragmentación reaccionaria, en el sentido propio del término, sobre todo en una época que persigue integrar los continentes. Lo importante, a nuestro parecer, es *restaurar la nación*, título de un trabajo de Manuel Thomas de Carranza; hacemos nuestro, con toda modestia, el contenido de su último capítulo: «España unida y en orden».

Además, vemos en la candidatura española una posibilidad de estrechar los lazos entre Europa y América Latina. Hemos de procurar evitar a toda costa que nuestros amigos de allá vean en ello una tentativa de

establecer un régimen de tipo neo-colonial. Pero las tradiciones seculares de la «hispanidad» permanecen vivas y pueden facilitar negociaciones complejas, porque nos hallamos ante tradiciones lingüísticas y culturales evidentes.

De igual modo, después de tantas luchas contra las invasiones islámicas, los españoles han alcanzado una comprensión más acertada del mundo árabe. Bajo este punto de vista, se hallan en una situación privilegiada y única; y no nos referimos solamente a conversaciones políticas o comerciales: hoy en día tenemos que estar preparados para un diálogo entre civilizaciones y continentes, base para la unión mundial, condición *sine qua non* de la paz universal.

Como futuros compañeros de la Comunidad, no basta con pensar en términos estadísticos. Las edificaciones históricas duraderas se establecen sobre debates que van más allá de la timidez proteccionista y de las incomprendiciones políticas. Sí, en esto España tiene un papel protagonista. El que defienda sus agrios nos parece legítimo y normal. Pero esperamos mucho más de ella.

Resulta banal decir que el carácter nacional de los españoles se distingue por el sentimiento de la honra. Madariaga escribió páginas admirables sobre ello, y también Vossler y Kajserling. Ahora bien, esta cualidad cobra un valor muy especial en nuestra época para Europa en su conjunto.

España conoció momentos de profunda humillación. A este respecto, solo mencionaremos la obra realizada por la Generación de 1898, que supo encontrar en la derrota sufrida contra los Estados Unidos la fuente de una renovación radical. La sacudida fue provechosa. Pero, ¿no nos encontramos hoy con una situación parecida en toda Europa? En lo que a nosotros se refiere, esa humillación parece innegable. En otros tiempos, Paul-Henri Spaak decía que vivíamos en «el miedo de los rusos y con la generosidad de los americanos». Desde aquel momento, muchas cosas cambiaron. Hemos dejado atrás los tiempos del Plan Marshall. Pero permanecieron la dependencia y la angustia, hasta el punto de que Europa se encuentra paralizada a la hora de actuar en el mundo, incapaz de desempeñar el papel que le corresponde.

En estas condiciones, la idea europea debe alimentar-

se de un sentimiento de dignidad herida. «Europa está entre dos gigantes», se dice para excusarnos de nuestra pasividad. Pero nuestra desunión es la verdadera culpable y, sobre todo, la ausencia de una reacción moral, la aceptación de una situación que juzgamos humillante e intolerable.

¿No deberíamos, pues, deducir que por desgracia la mayoría de los europeos carecen de «honra» y que se contentan con demasiada facilidad con una posición servil respecto a América? Es cierto que muchos de ellos caen con facilidad en un antiamericanismo verbal y estéril. Esto les proporciona una buena conciencia a bajo precio. Los españoles tienen, pues, el deber de recordar a sus compañeros que tenemos otros propósitos que los de acrecentar nuestros intercambios comerciales. De hecho, los «padres de Europa» consideraban la economía como un medio de renovación y no como el fin de integración. A España le corresponde asumir el papel de heredera espiritual de los Schumann, los Gasperi, los Adenauer y los Jean Monet. En una empresa como la de la unión europea sólo los visionarios son realistas.

Concluyamos. Lo que, en resumidas cuentas, esperamos de la España europea y democrática es, primero, una lección de federalismo descentralizador que nos demuestre que la diversidad no entra en contradicción con la solidaridad sino que ambas son complementarias. Esperamos, además, que nos abra las puertas transmarinas y transoceánicas, que si bien no nos estaban totalmente cerradas hasta ahora, sí deberían abrirse más ampliamente en virtud de los parentescos lingüísticos, culturales e históricos. En fin, España tendrá que ayudarnos a reencontrar el sentido, algo perdido, de nuestra dignidad: el orgullo de pertenecer a una civilización, que si bien no lo inventó todo, sí descubrió la esencia de lo que la humanidad cree saber, asimilando con habilidad las aportaciones que vienen de fuera. En todo caso, el autor de estas líneas se siente orgulloso de ser europeo y, a la vez, profundamente humillado por nuestro declive. Sus contactos con numerosos españoles le hacen esperar que la entrada de «las» Españas en la C.E.E. cambie el clima que en ella reina, despertando a los corazones ablandados, a los espíritus desanimados y a las conciencias adormecidas.